



## JAIME GIL DE BIEDMA EN FILIPINAS

Emilio de Miguel Calabia

### 1. Introducción: La génesis del Diario

Son poquísimos los escritores españoles que hayan tenido algún contacto con Asia. Por ello resulta notable la figura del poeta Jaime Gil de Biedma. A comienzos de 1956 viajó a Manila comisionado por la Compañía de Tabacos de Filipinas, la famosa Tabacalera, para que se familiarizase con la legislación filipina y con la administración de la Compañía en las islas. Permaneció allí durante seis meses y dejó sus impresiones escritas en un diario, que se publicó póstumamente, en 1991.

El Diario que escribió Gil de Biedma durante su estancia en Filipinas tiene una génesis singular. El propio Gil de Biedma comenta que empezó a escribirlo como “ejercicio de adiestramiento en la literatura” (Gil de Biedma, 1991: 208). Sin embargo, en la misma página, alude a otros motivos extraliterarios para el inicio de su redacción: “... casi me siento tentado de creer que llevar un diario es una manera de provocar los acontecimientos.” (Gil de Biedma, 1991: 208). Pero estas líneas, escritas muchos meses después, cuando ya estaba de regreso en Barcelona, puede que no sean más que justificaciones a posteriori. Más inmediata es una alusión que escribe en una carta a Carlos Barral, fechada el 20 de enero de 1956 en Manila, cuando no llevaba ni un mes en el país: “¿Y tu poema? Yo, nada; estoy esclavo de mi maldito diario- un vicio vergonzoso, pero me he decidido a llegar al final a ver qué sale” (Gil de Biedma, 1991: 23).

Lo más probable es que el Diario surgiese de una mezcla de motivaciones. Por un lado la de afilar su prosa. Por otro la de retratar y reflexionar sobre lo que iba a vivir en un país tan distante. Gonzalo Corona Marzol ha comentado correctamente cómo Gil de Biedma cultivó una poesía de la experiencia, una conversión en arte de su autobiografía, una vez pasada por el tamiz de la reflexión. Esto es más que aplicable al Diario.

Al principio parece que el Diario estaba pensado para reflexionar sobre lo vivido y comentarlo con su círculo más íntimo. Copias del diario, a medida que las escribía, se las iba enviando a Carlos Barral y en una carta del 9 de febrero de 1956 le dice: “Como conozco por propia e incómoda experiencia lo peligroso que es un diario, te ruego que estas páginas sólo las leáis Yvonne [la esposa de Carlos Barral] y tú, y – si les divierte- Gabriel [Ferrater] y Jaime [Salinas]. Lo mejor será que después las rompas; te lo agradeceré. Por otra parte, mi descripción de la Hacienda podría causarme algún dolor de cabeza si por un casual llegase a conocimiento de alguien relacionado con la Compañía [de Tabacos de Filipinas]” (Gil de Biedma, 1991: 40). Por lo que vemos, su primer impulso fue que el Diario quedase como un documento íntimo.

De vuelta en Barcelona, mientras seguía escribiendo el Diario, no dejaba de pulir lo ya escrito sobre su etapa manileña. Así, en una acotación en la página 154 señala:



“Días sin escribir aquí. Entreteno el tiempo redondeando algunos pasajes de mi cuaderno de Filipinas, que dejé sólo apuntados.” En la página 220 comenta: “He tomado la costumbre de escribir este cuaderno durante mis ratos libres en la oficina...” En estas acotaciones vemos un acercamiento más relajado hacia la prosa que el que tenía hacia la poesía. Falta la angustia que sentía cuando en Manila veía que el tiempo se le iba en frivolidades y no avanzaba en sus poemas. Parece que la prosa fluyera natural y regularmente, mientras que los poemas avanzan trabajosamente. Como ejemplo, un breve párrafo escrito en Manila: “Vuelta a empezar con el poema. Dejo listo todo lo anterior: versión definitiva- de momento, al menos- de las nueve primeras estrofas. Mañana entraré otra vez en país desconocido. ¡Dios, qué fatiga me da!” (Gil de Biedma, 1991: 51).

La segunda parte del Diario, la que se refiere a su convalecencia de una crisis tuberculosa en la segunda mitad de 1956, apareció en 1974 con el título “Diario de un artista seriamente enfermo”. Fue por expreso deseo del poeta que la edición completa de su Diario, incluyendo la primera parte relativa a su estancia en Filipinas, no se publicó hasta 1991, dos años después de su muerte. Parece que la razón de la demora se debe a las numerosas y explícitas referencias a sus experiencias homosexuales en Filipinas.

## **2. Gil de Biedma ante una sociedad injusta**

### **2.1. Una sociedad neocolonial**

Cuando un viajero occidental se aproxima a un país extraño suele adoptar una de las dos siguientes actitudes: o bien encastillarse en su pretendida superioridad occidental y ver la realidad del país desde una magnífica torre de marfil, o bien renegar de sus prejuicios y buscar una suerte de asimilación, de integración vital en ese nuevo mundo. Jaime Gil de Biedma opta en su diario clarísimamente por la segunda de las vías.

Podemos pensar que en Filipinas Jaime Gil de Biedma se encontró en la misma situación paradójica con la que se encontraba en España. Era miembro de la alta burguesía, de la cual renegaba, a pesar de disfrutar de sus privilegios. En Manila el color de la piel y el trabajo en Tabacalera le hacían pertenecer a la élite blanca neocolonial y gozar de sus privilegios, aunque su corazón estuviese con el pueblo llano filipino. Sin embargo, hay una diferencia. En España la crítica a la burguesía a la que pertenece no le lleva a compenetrarse con los obreros. Tal vez un cierto clasismo inconsciente le impidiese llevar ese rechazo de lo burgués y esa identificación con su opuesto hasta el final. En Filipinas, lo exótico y desacostumbrado del ambiente le llevan a romper moldes y a tratar de integrarse en el paisaje. No obstante esa ruptura de moldes nunca sería total. Gil de Biedma podía ser crítico con la élite a la que pertenecía y jugar a un cierto desclasamiento, pero no rompía los puentes. Era consciente de la barrera que existe entre ser un “enfant terrible” y ser un marginado y nunca la cruzó.

Antes de considerar la integración de Gil de Biedma en el país, veamos cuál era su opinión sobre la situación neocolonial que se encontró. En las páginas 93 y 94 del



diario traza a vuela pluma una historia del pasado colonial de Filipinas, que resumo por su interés. Filipinas, dice el poeta, nunca dejó de ser un territorio de misiones del que la Corona española nunca quiso ocuparse directamente. Desde mediados del siglo XVIII hasta el destronamiento de Isabel II España trató que Filipinas fuera una colonia mercantilmente rentable, al ejemplo de las Indias holandesas. Siendo un país débil, nunca pudo allegar los recursos necesarios para tal empresa, y fue “un amo tiránico y un explotador tan cruel como incompetente” (Gil de Biedma, 1991: 94). Cuando Filipinas empezó a escurrirse a España entre los dedos, la precaria Administración española sobre las islas tuvo que volver a apoyarse en los frailes. El establecimiento de la Compañía de Tabacos de Filipinas en 1881, apenas 17 años antes de la pérdida de la colonia, en un intento de racionalizar la explotación económica de las islas fue “*too little and too late*”, según anglicismo del propio Gil de Biedma. Como resumen de sus sentimientos sobre el colonialismo, podemos señalar las siguientes líneas: “Una colonización es un continuo atraco a mano armada, pero cuando lo perpetra un país con un excedente de vitalidad el despojo se consolida y el atracador se enriquece” (Gil de Biedma, 1991: 94). La pasión es similar a la que encontramos en la página 198, cuando hablando de la alta burguesía dice: “Cómo me sorprende siempre, en el trato con la alta burguesía- tan bien educada, tan bien provista de amables sentimientos y, en el caso de mi familia, tan simpática-, cuando un tópico que yo consideraba trivial de pronto les eriza, igual que si se hubiera disparado un timbre de alarma. Entonces revelan un egoísmo feroz y absolutamente sin resquicios, como un imperativo de la especie, un egoísmo que inhibe en ellos cualquier posible impulso de simpatía humana. La exhibición es escalofriante.”

Los dos párrafos señalados en los que habla apasionadamente de la alta burguesía y del colonialismo pueden contrastarse con la mención que hace a la crisis de Suez, que durante algunos días aterró al mundo con presagios de una III Guerra Mundial: “Sigue complicándose Suez: una intervención armada es posible y podría ser la guerra” (Gil de Biedma, 1991: 173). Resulta interesante el distanciamiento y hasta el descuido verbal (“... es posible y podría ser...”) con que alude a una de las grandes crisis internacionales que se produjeron en los años cincuenta. Si antes comentamos con Corona Marzol que Gil de Biedma es un poeta de la experiencia, también podríamos decir que es un político de la experiencia. Aquellas realidades como la ideología de la alta burguesía o el neocolonialismo, que ha vivido, le sublevan e indignan y no puede referirse a ellas si no es con pasión, con expresiones de “blanco o negro”, olvidándose de la gran cantidad de matices del gris que suele haber en la vida. En cambio, una crisis como la de Suez, a la que siente lejana, la ve con desapasionamiento, sin ninguna implicación emocional.

Aunque en algún momento del diario Gil de Biedma confiese simpatía por los comunistas y se llegue a autocalificar de “compañero de viaje” (Gil de Biedma, 1991: 59), aunque en la segunda parte de su diario encontremos referencias a la situación política internacional, sospecho que Gil de Biedma seguía esos acontecimientos con interés más por sus implicaciones últimas sobre España y el régimen franquista que por su importancia intrínseca. Como hombre entregado a la elaboración interna de su experiencia, los acontecimientos mundiales sólo le interesaban en la medida en que pudiesen afectar al régimen franquista en cuyo seno vivía. En ese sentido no era muy diferente de otros compañeros suyos de generación, que pasaron las décadas de los 50 y los 60 atentos a cualquier hecho internacional o nacional que pudiera exacerbar las contradicciones del franquismo y provocar su derrumbamiento. Releyendo hoy en



día, cuando sabemos que el franquismo murió de muerte natural en 1975, los análisis de aquellos tiempos de un Gil de Biedma, un Carlos Barral, un Juan Goytisolo no pueden sino parecernos ingenuos y excesivamente optimistas.

## 2.2. Una sociedad racista

Mientras que el neocolonialismo no fue una experiencia completamente nueva, por cuanto pudo establecer las ecuaciones: élite colonial = alta burguesía y régimen neocolonial = régimen franquista, el racismo sí que fue una experiencia nueva para él.

En la España de 1956 el racismo no existía, por la simple razón de que no había personas de otras razas. A los gitanos se les marginaba por motivos más sociales y culturales que raciales y en todo caso habitaban un lugar tan marginal en la sociedad que de alguna manera eran “invisibles” para el español medio. Ello permitía mantener la ficción de que el español no es racista, cuando la realidad es que al español el africano o el asiático le resultaban tan indiferentes como el marciano: en su experiencia diaria eran entes inexistentes. El propio Gil de Biedma fue de pronto consciente en Manila de que sí que había un poso latente de racismo en el español, que sólo necesitaba del roce con el “otro” para manifestarse. “Por cierto, es muy chocante que esos mismos viejos empleados de Tabacalera afirmen, contra toda evidencia, que los españoles no somos racistas, con un candor comparable al mío antes de venir aquí” (Gil de Biedma, 1991: 94).

El problema del racismo, incluso más que el de la desigualdad social, es que es un problema de doble dirección. El blanco se siente superior al filipino y éste le devuelve esa mirada con resquemor y resentimiento. Gil de Biedma descubrirá que es más fácil desclasarse que dejar de ser blanco. En sus esfuerzos por acercarse a los filipinos siempre permanecerá el obstáculo de su condición de blanco. Aunque él pueda olvidarse de su “blancura”, sus interlocutores no pueden y siempre estará allí como una barrera. Esto lo relata de una manera muy expresiva en su diario, al contar un paseo por el centro de Manila: “... Me abruma la continua incomodidad de sentirme un ser genérico, un blanco. No soy o no represento más que eso, y me humilla. Y además es monstruoso, pensar que esto lo han hecho las gentes que he de frecuentar a diario, con sus clubs, sus *cocktails parties*, su insufrible y petulante suficiencia y su racismo irremediable. Si por lo menos me atreviese a trabar conversación con los *boys* del hotel... Pero sólo con entrar en mi habitación y mirarme- mejor dicho, no mirarme- me ponen en mi lugar y no me atrevo a salir de él.” (Gil de Biedma, 1991: 16). En otro momento cuenta las dificultades que ese racismo le causa en las relaciones concretas con un amigo filipino: “El caso es que, por un motivo u otro, mi actitud frente a Chris sólo es libre y desembarazada cuando estamos bebidos; antes de ponernos en ese estado (...) la conciencia de la diversidad de raza está constantemente presente; la impone, a la fuerza, el mundo exterior. Si vamos a un bar de filipinos todos se extrañan al verme entrar, si entramos en un sitio de blancos la inmensa mayoría considera su presencia allí como un incidente penoso que es obligado soportar con amabilidad...” (Gil de Biedma, 1991: 36).

## 2.3. La integración del poeta en Filipinas



No obstante esos obstáculos, Gil de Biedma hizo un esfuerzo consciente por integrarse en Filipinas y todo su diario rezuma de amor por el país, llegando a afirmar en un momento dado: “Mi gusto por los malayos me embriaga” (Gil de Biedma, 1991: 90).

La aproximación de Gil de Biedma a Filipinas fue en primer lugar emocional. A menudo, cuando habla de sus amantes filipinos, parece que más allá de lo sexual le interesase conectar con Filipinas por intermedio de ellos. Porque si hay algo que parece interesar al poeta en Filipinas más que nada, es la gente.

La sucesión de retratos en las páginas del diario es continua. Con brevedad, pero con notas pinceladas precisas, Gil de Biedma va definiendo a las personas entre las que se mueve y siempre da la impresión de que quisiera indagar en la vida que hay detrás de cada uno de ellos. Por mencionar algunos: Pepe, el alcahuete y prostituto que parece desconocer algunas de las obligaciones de su negocio (Gil de Biedma, 1991: 27); Pepe Cué, “personaje pintoresco, corpulento, bien comido, bien fumado y bien bebido, *bigger than life*, cuasimitológico” (Gil de Biedma, 1991: 61); Whitey Smith, “corpulento y rubicundo”, con “ese aire de ex explorador ártico noruego tan propio de los *wasps* norteamericanos que han llevado una vida dudosa y aventurera” (Gil de Biedma, 1991: 75); Helen, la esposa de Whitey a la que dedica dos párrafos; Jaime Bonnín “mallorquín corpulento y simpático, honrado, autoritario y duro, probablemente por falta de imaginación” (Gil de Biedma, 1991: 86). Leyendo estos y otros retratos llama la atención que suele demorarse más en la descripción de los expatriados que por algo excepcional atraen su atención, que en la de los filipinos. A pocos filipinos retrata con tanta atención como a éstos blancos a los que he mencionado. Tal vez sin que se diera cuenta, le pasara el fenómeno de creer que todos los filipinos (podríamos mencionar cualquier otro pueblo) son iguales. Lo exótico malayo predomina de tal manera sobre lo individual de cada persona que desdibuja sus rasgos propios hasta el punto de otorgar a todos los filipinos un aire de familia. Sin embargo, lo anterior no quita para que sea el elemento personal el principal en su acercamiento a Filipinas.

Otro elemento es el paisaje. Por motivos de trabajo, Gil de Biedma realizó muchos viajes dentro de Filipinas. En general se trataba de visitas a haciendas de la compañía. En concreto en el diario aparecen menciones de viajes a Negros, Iloilo, Cebú, Davao y Mindoro.

Filipinas tiene algunos de los paisajes más hermosos del mundo y, como no podía ser menos, causaron una gran impresión al poeta. Estas descripciones son, en mi opinión, lo menos conseguido del libro. En ellas, Gil de Biedma abandona su prosa, por lo general contenida, cae en un lirismo barroco, lleno de adjetivos y rozando los lugares comunes. Un ejemplo de esto: “Ver hundirse la tierra, sumirse sus caminos, sus espesuras y sus bajíos arenosos entre las aguas de color de jade, matizándolas, jaspeándolas y verla surgir de nuevo densamente verde, resbalada de canales que chorrean según ella se incorpora, ondeante de campos de caña, maizales y cocoteros, encharcada de manglares.” (Gil de Biedma, 1991: 89). Podemos argumentar que, siendo un poeta básicamente de las relaciones humanas, Gil de Biedma no consigue dar con el tono adecuado cuando aborda el tema paisajístico, que le es menos próximo. Ese cierto desinterés hacia el paisaje, se hace más evidente en la segunda parte del diario, cuando ya no es el exótico paisaje filipino el que tiene enfrente, sino





el más habitual de Cataluña. En tales circunstancias, el paisaje desaparece por completo como elemento del Diario.

Un elemento del paisaje que atrae a menudo la atención de Gil de Biedma son los edificios. Al describirlos, el poeta pierde algo del barroquismo con que se refiere al paisaje. “El Casino Español. Un vasto edificio pretencioso en el más puro estilo neoseudoclásico, ornamentado de estuco y de latón- “un frontón de cartílago y de lágrimas”, como en el verso de Carlos-, que atestigua la decadencia de la colonia española y la decadencia general de la ciudad...”(Gil de Biedma, 1991: 85). Otro ejemplo: “La casa del administrador es un *bungalow* junto a la playa, entre rosales y adelfas, y ofrece al llegar una vista verdaderamente agradable, más pequeña y sin la solemnidad habitual en las residencias de la Compañía” (Gil de Biedma, 1991: 86).

Es interesante que apenas haya en el Diario referencias a fiestas y celebraciones populares filipinas. Tan sólo he encontrado dos casos: cuando comenta brevemente las fiestas de Palanás (Gil de Biedma, 1991: 81) y una pelea de gallos a la que asistió en Mindoro (Gil de Biedma, 1991: 98). Sus descripciones de estos eventos son escuetas y carecen de todo el aparato de detalles que suelen tener los libros etnográficos al uso. Es evidente que a Gil de Biedma le interesan ante todo las personas y sus reacciones ante lo que ve. Los detalles sobre usos y costumbres propios de otros libros de viajes están ausentes en su diario. Podemos pensar que, incapaz de integrar personalmente lo excesivamente exótico, simplemente lo borra de su campo de atención.

En conexión con lo anterior hay que subrayar la ausencia de la religión en el diario de Gil de Biedma. La sociedad filipina ha sido muy marcada por el catolicismo y aún hoy hay muchos detalles que no pueden dejar de sorprender al viajero: la proliferación de estatuas del Santo Niño, aun en sitios tales como centros comerciales y bares; las iglesias llenas durante las misas, misas que pueden llegar a celebrarse hasta en los pasillos de un centro comercial; la cantidad de novenas, rosarios y oraciones que los filipinos están dispuestos a hacer ante cualquier dificultad... Gil de Biedma no menciona nada de esto. Las veces que alude a la religión suele ser para denigrar la labor efectuada en las islas por los frailes españoles. “... estas gentes echan la culpa a los frailes de la pérdida de Filipinas y tienen razón, hasta cierto punto” (Gil de Biedma, 1991: 93). “En Mactán, mientras esperamos a que llamen mi vuelo, y a propósito de la pésima opinión que me formé de los frailes recoletos en San Carlos, ironizo a cuenta del timo de las Misas- y de las Misiones- que es la cuestación del Domund en España” (Gil de Biedma, 1991: 91). Pienso que Gil de Biedma, anticlerical y hastiado por el nacionalcatolicismo que había vivido en España, no vio en Filipinas más que lo que sus prejuicios querían que viese: el lado negativo de la labor de los frailes españoles en Filipinas, que existió y es indudable. En cambio esos mismos prejuicios le impidieron apreciar la religiosidad filipina con su sinceridad, su ingenuidad, su superstición y sus excesos.

Como no podía ser menos, Gil de Biedma se interesó por la política y la literatura filipinas. Viniendo de una dictadura, apreció en su valía el vivir en un régimen parlamentario donde había libertad de prensa (Gil de Biedma, 1991: 59). En 1956 Filipinas era un parangón de democracia y libertad en Asia y, no habiendo pasado aún por la dictadura de Ferdinand Marcos, parecía que tenía por delante un futuro político prometedor. Aunque es probable que Gil de Biedma siguiese con interés la vida política del país, en el Diario sólo hay una alusión a acontecimientos políticos filipinos y es su descripción del debate que se produjo con motivo del proyecto de ley



que imponía la lectura obligatoria de las obras de Rizal en los colegios (Gil de Biedma, 1991: 82). Sectores integristas católicos se oponían al proyecto de ley, aduciendo que había pasajes en la novela de Rizal “*Noli me tangere*” que eran peligrosos para la fe católica. Sospecho que si subraya este suceso, a todas luces menor, fue más que nada porque despertó sus furores anticlericales y cuando fustiga al clero filipino en realidad es el clero español el que tiene en la cabeza.

En cuanto a la literatura filipina, como todo letraherido que visita Filipinas y desea conocer algo de su cultura, leyó las dos novelas de Rizal, “*Noli me tangere*” y “*El filibusterismo*”. Su juicio sobre el Rizal novelista, aunque pueda parecer un tanto severo, me parece bastante atinado: “Rizal era un buen satírico y un costumbrista excelente que tenía prisa y fue a la vez demasiadas cosas para ser un buen novelista (...) Y la retórica posromántica que con frecuencia maneja sólo resulta ahora eficaz en *Mi último adiós* (...) Hay allí además un verso penúltimo que me gusta mucho y que parece ya escrito por un poeta de los años veinte de este siglo: *Adiós, dulce extranjera, mi vida, mi alegría*” (Gil de Biedma, 1991: 83).

### 3. La homosexualidad en el Diario

Cuando uno lee el Diario de Filipinas por primera vez, lo que más le llama la atención es el relato abierto y desenfadado de las múltiples relaciones homosexuales que tuvo. Cuando yo lo leí por primera vez fue esto lo que me quedó en la memoria como el tema principal del diario. Necesité una segunda lectura para ver que había otros temas y que al menos uno de ellos, el del neocolonialismo y el racismo, impregna mucho más el diario que la homosexualidad.

Para entender el contenido homosexual del diario es preciso considerar cuál era el momento vital en el que se encontraba Gil de Biedma cuando llegó a Filipinas y qué tipo de ambiente se encontró en comparación con España.

En enero de 1956 Gil de Biedma tenía 26 años. Desde los veinte había asumido su homosexualidad y la vivía aparentemente sin complejos ni sentimientos de culpa. Es más, parece que veía en ella un cierto plus a su condición de poeta. “Hace dos años pensaba que la homosexualidad añadía a mi condición de poeta un suplemento de marginación muy ventajoso desde el punto de vista intelectual, sobre todo en una sociedad como la española. Luego, con la vida que he aceptado hacerme, me he dado cuenta de que en ser maricón sobre poeta *il n’y a seulement de qoui troubler une famille*- eso me agrada-, sino que exige unos gastos de energía personal muy considerables, cuando uno aspira a no deteriorarse interiormente” (Gil de Biedma, 1991: 84 y 85).

Pero, ¿qué significaba ser homosexual en la España de 1956? Significaba ser un delincuente según la ley. Peor todavía, significaba verse sometido al oprobio social. Entonces no se utilizaba la palabra “homosexual”, sino términos peyorativos como “maricón” o “mariquita”. Sobre este último término Juan Goytisolo comenta en “Coto vedado”: “término infamante (...) *monstrum horrendum, infame, ingens*, un estigma o baldón de tal índole que no admitía excusa ni conmiseración” (Goytisolo: 169). Más adelante, refiriéndose a la condición de los homosexuales en España, afirma: “La idea de ser tomado por un miembro de ese gremio objeto de un desprecio y aversión universales me llenaba de angustia y espanto” (Goytisolo: 172). Como



vemos a Gil de Biedma le fascinaba el lado maldito de la condición homosexual, mientras que a Goytisolo le asustaba la marginación y desprecio que comportaba. Resulta interesante observar cómo, más allá de sus declaraciones literarias, Gil de Biedma optó por la discreción y por ocultar su diario hasta después de su muerte, mientras que Goytisolo ha publicado en vida recuerdos muy francos sobre su despertar homosexual.

La situación que se encontró Gil de Biedma en Filipinas en relación con la homosexualidad era muy distinta. Filipinas es un país en el que impera la doble moral. Por un lado el divorcio está prohibido por ley, la condición de hijo ilegítimo es un baldón y sobre el papel todos siguen la moral sexual más tradicional, heterosexual y monogámica. La realidad es muy distinta. Para los hombres tener varias amantes es un timbre de honor y en ocasiones sus esposas no les van a la zaga. La precocidad sexual es notable y la doble moralidad alcanza incluso al clero católico, no siendo pocos los filipinos que cuentan entre sus antepasados algún fraile. La homosexualidad, aunque no bien vista, era tolerada mientras no fuese demasiado escandalosa. Gil de Biedma no pudo menos que observar la diferencia en la situación del homosexual entre España y Filipinas:

“Ceno con Rafael Torres en *Swiss Inn*. Cogidos de la mano, entran dos señores de madura edad que se detienen a saludarle y Rafael me presenta (...) La escena me ha hecho sonreír.

Todavía la miraba con ojos de español, de homosexual español. Recién llegado a Manila, cuando veía a las parejas de muchachitos esbeltos cruzar la calle, con esa incomparable y graciosa lentitud de aquí, apaciblemente cogidos de la mano, tras ellos se me iban el corazón y los pantalones. Era, por fin, mi patria, mi nativo país soñado. Ahora ya sé a qué atenerme (...), pero sigo muriéndome de ganas de pasear la calle cogido de la mano con alguien, aunque aquí no signifique más de lo que significa entre nosotros caminar con un amigo pasándole el brazo por los hombros. España no es Inglaterra ni Francia; aun así, nuestra espontaneidad en el contacto físico es bien poca si se compara con la de esta gente, para quienes rozarse unos a otros es un instintivo don amistoso. *Free for all* en el mejor de los sentidos posibles: gratuitamente a todos, y no en el usual. Quizá por eso en Filipinas, como dice Larry, *not everybody is gay but everybody is game*. «Entender» o «no entender» es un asunto secundario” (Gil de Biedma, 1991: 47 y 48).

El párrafo es largo, pero necesitaba traerlo a colación para hacer ver cómo el poeta debió de vivir Filipinas como una liberación. De pronto ser homosexual podía ser algo natural y no condenar necesariamente a la condición de maldito. Ese sentimiento de liberación parece que fue acompañado de una promiscuidad bastante desenfrenada. En los seis meses que pasó en Asia, el Diario refiere nada más y nada menos que cinco amantes (Salvador, Jay, Lino, Pacífico, David) y siete relaciones de una noche, una de ellas con una prostituta en Hong Kong. A pesar de la impresión de promiscuidad que da el Diario, he tenido ocasión de hablar con personas que trabajaban en la Tabacalera en aquellos años y que le conocieron y me han contado que llevaba su vida sexual con tanta discreción que muchos no supieron de su homosexualidad hasta que el diario se publicó póstumamente. Como cuando hablábamos de su reacción ante el neocolonialismo, en esta cuestión vemos también a un Gil de Biedma que no quiere romper del todo los puentes con la sociedad bienpensante a la que aborrece. Tiene una vida homosexual activa y presume del





malditismo de su condición sexual, pero al mismo tiempo las mantiene lo suficientemente ocultas como para que no perjudiquen a su estatus social. Una cosa era jugar al “maldito” y frecuentar los ambientes marginales y otra muy distinta caer en esa marginación.

#### **4. Macao y Hong Kong**

Aparte de Filipinas y de las escuetas menciones que hace a las escalas del vuelo entre Manila y Madrid, hay otros dos lugares de Asia que aparecen recogidos en el diario: Macao y Hong Kong. Quien sienta curiosidad por saber qué impresión causaron a Gil de Biedma esos dos enclaves europeos en China, se sentirá decepcionado.

A Macao le dedica un solo párrafo bastante desalentador. Lo describe como “una Barcelonesa aún más degradada, poblada de chinos y triste” (Gil de Biedma, 1991: 68). Únicamente el Casino de Macao parece que le produjo alguna impresión positiva.

En Hong Kong estuvo varios días, pero de su experiencia allí sólo relata la anécdota tragicómica de su encuentro con un joven chino en Nathan Road, su intento de entablar relaciones con él durante varias horas y cómo terminó durmiendo castamente con el joven chino y con su hermano en el cuartucho que alquilaban. A esta anécdota, la más larga del libro, le dedica tres páginas, de la 69 a la 72. Fuera de esto no tiene nada que contarnos de Hong Kong.

Resulta chocante esa falta de interés por dos sitios tan especiales como Macao y Hong Kong: no hay ni referencias al colonialismo, ni a la cultura china, ni a la historia de los enclaves... A falta de datos que puedan explicar ese desinterés, pienso en una posible hipótesis: a diferencia de Filipinas, con su herencia española, Macao y Hong Kong le resultaron completamente ajenos. Con una historia colonial que no es española, una cultura china que desconocía y que no le interesó y la barrera del idioma (entonces la mayoría china de ambas ciudades hablaba mucho menos inglés que el que habla en la actualidad), Gil de Biedma no encontró nada que le fascinara en esas ciudades y la fascinación es un elemento clave en su escritura. Es lo que le fascina lo que incorpora al recuerdo y lo que acabará elaborando en su obra.

Es una pena que el Diario no incluya más menciones a Hong Kong, porque posteriormente Gil de Biedma impulsaría la apertura de una oficina de la Compañía en la ciudad y vería con notable acierto las oportunidades de negocio que ofrecía la entonces colonia inglesa.

#### **5. El Informe sobre la Administración General en Filipinas**

Entre la parte del diario relativa a Filipinas y la de España, se inserta el “Informe sobre la Administración General en Filipinas”. Se trata de un informe de 24 páginas sobre la situación de la Compañía de Tabacos de Filipinas en las islas, con sugerencias para su mejora. Este Informe fue la razón esencial de su estancia en Manila. Está bien escrito, pero fuera de su corrección formal, su interés literario es nulo. Lo más interesante es que permite vislumbrar al Gil de Biedma profesional.



Con la distancia que dan los casi cincuenta años transcurridos, podemos decir que los males que detectó en el funcionamiento de la Compañía existían efectivamente y que las medidas que propuso, que en general no fueron aplicadas, tal vez hubieran permitido relanzar la Compañía y que no acabase siendo la sombra que es hoy en día. Reflejo de su simpatía por los filipinos, algunas de sus ideas proponían la “filipinización” de la administración en las islas, dando puestos de más relevancia a los filipinos, y la concesión de una mayor autonomía decisoria a los responsables en Manila, frente a la situación que existía en la que todas las grandes decisiones y bastantes de las menores se tomaban en Barcelona.

## 6. Asia en la obra de Gil de Biedma

Analizado el Diario, la siguiente pregunta sería: ¿qué huellas dejó Asia en Gil de Biedma, que sean rastreables en su obra? Mi respuesta sería que Asia en sí prácticamente ninguna. Otra cuestión es Filipinas.

Filipinas es el país menos asiático de Asia. Aunque de raíces malayas, está situado a caballo entre el mundo pacífico y el asiático. Trescientos años de colonización española han generado una sociedad católica que en muchos aspectos tiene más en común con Iberoamérica que con el continente asiático. No olvidemos que durante esos trescientos años, Filipinas estaba más conectada con México, por vía del galeón de Manila, que con Asia. Filipinas, que hubiera podido ser y hubo quien así lo propuso en el siglo XVI, el trampolín de España para la penetración en Asia, acabó siendo un apéndice del imperio español de América y eso se refleja en la Filipinas actual. Posteriormente los 48 años de dominio norteamericano reforzaron esa impronta occidental. Por ello, es posible estar en Filipinas y no ser consciente de que se está en Asia.

Eso me parece que fue lo que le ocurrió al poeta. En Filipinas se fijó en aquello que le interesaba: el colonialismo, en el que vio una suerte de reflejo de la situación española y su división entre vencedores y vencidos, y la homosexualidad, ya que vio otras maneras de abordarla y de vivirla que las que había en España. Por un proceso de simpatía hacia los filipinos hizo un esfuerzo consciente de penetrar en la realidad del país, pero dejó fuera de su foco de atención aquello que caía fuera de la esfera de sus intereses, como el elemento religioso o la influencia china.

Su vínculo con Filipinas más que intelectual fue emocional. Él mismo dirá que se halla “sentimentalmente identificado” con el país (Gil de Biedma, 1991: 142). A este respecto resulta interesante la de veces que en el Diario aparece la palabra nostalgia. “Seis días aquí. Cierta nostalgia (...) Pensaba en mi habitación de Manila, en su silencio sólo interrumpido por el zumbido de un automóvil hacia el garaje, y en la compostura de los malayos, que incluso cuando ríen a carcajadas, parecen hacerlo a coro y entonadamente...” (Gil de Biedma, 1991: 141). En la parte del Diario relativa a Barcelona son numerosas las alusiones a Filipinas y su frustración al tener que dilatar su regreso a Manila a causa de su enfermedad.

Posteriormente logró viajar regularmente a Filipinas. En la nota autobiográfica que acompaña a su libro “Las personas del verbo”, escribió: “Mi empleo me ha llevado a vivir largas temporadas en Manila, ciudad que adoro y que me resulta bastante menos exótica que Sevilla, porque la entiendo mejor”. Es interesante notar



que en 1982 escribió una ampliación a su nota autobiográfica, en la que su percepción de Manila había cambiado significativamente: "... ciertos hechos se imponen. Por ejemplo, que Manila ya me aburre y en cambio me fascinó Sevilla..." Ello no impidió que siguiera visitando Manila hasta poco antes de su muerte.

Mientras que resulta relativamente fácil trazar las influencias de las literaturas clásica y anglosajona sobre la poesía de Gil de Biedma, creo que la influencia de Filipinas es muy difícil de trazar, porque no se dio en el plano intelectual, sino en el emocional. Filipinas le aportó vivencias y sentimientos, que Gil de Biedma elaboró y reelaboró hasta acabar plasmándolos en sus poemas. Aunque intuyamos que hay bastante de Filipinas en su obra, el proceso de elaboración de sus experiencias, ha borrado de tal manera las pistas que sus poemas son como un palimpsesto: sabemos que hay un texto subyacente al escrito, pero ya no podemos leerlo.

### **Bibliografía**

- Gil de Biedma, Jaime (1991) *Retrato del artista en 1956*. Barcelona: Mondadori
- \_\_\_\_\_ (2002) *Las personas del verbo*, Barcelona: Seix Barral
- Dalmau, Miguel (2004), *Jaime Gil de Biedma*. Barcelona: Circe
- Goytisolo, Juan (1985) *Coto vedado* Barcelona: Seix Barral
- Gagliardi, Tiffany D. (2003-2004) Poemas póstumos por Jaime Gil de Biedma: un retrato de su último fracaso. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 25
- Laguna Mariscal, Gabriel (2002) Jaime Gil de Biedma y la Tradición Clásica. *Revista Sincronía*
- Corona Marzol, Gonzalo (1996) *Langbaum y la actualización del pasado como recurso en la poesía de Jaime Gil de Biedma. Actas del Congreso "Jaime Gil de Biedma y su generación poética"*, Vol.1, Zaragoza: Túa Blesa, Diputación General de Aragón